



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 19979

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 20 DE FEBRERO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lovette, rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



La Hora Santa con misas de once á doce de la mañana que se celebrarán en la consagrada iglesia de la Caridad, con exposición de Jesús Sacramentado, el próximo jueves 22 del corriente, serán aplicadas en sufragio del alma de

LA SEÑORA

D.ª VISITACIÓN ZAPATA HERNANDEZ

DE MAESTRE,

Que falleció el día 22 de Febrero de 1903,

DESPUÉS DE RECIBIR LOS AUXILIOS ESPIRITUALES Y LA BENDICIÓN DE SU SANTIDAD.

Su esposo, hijos, padres, hermanos y demás familia, ruegan á sus amigos se sirvan asistir á estos cultos y rogar á Dios por el eterno descanso del alma de la finada.

Varios Excmos. é Ilmos. Prelados, han concedido indulgencias en la forma acostumbrada.

Cuando se piensa en esto, el suicidio toma gigantescas proporciones.

Entre una muerte voluntaria y la esperanza fecunda, cuya voz llama hacia París á un joven, Dios sólo sabe cuántas obras maestras han abortado, cuántas concepciones poéticas perdidas, cuánta desesperación, gritos ahogados, esfuerzos estériles.

Cada suicidio es un poema sublime de melancolía.

Entre todos los libros que sobrenadan en el océano de la literatura, no hay uno que pueda competir en genio con estas dos líneas:

«Ayer á las cuatro, una joven se arrojó al Sena desde el puente de las Artes»

Ante este laconismo parisiense, palidecen los dramas, las novelas y hasta el antiguo frontispicio: «lamentaciones del glorioso rey Puerbanan aprisionado por sus hijos», último fragmento de un libro perdido, cuya sola lectura hacía llorar á Sterne, que había abandonado á su mujer y á sus hijos.

Mil amargas ideas asaltaron al joven y pasaron por su alma en fragmentos, como se agitan en medio de una batalla los estandartes desgarrados.

Luego abandonaba por un instante la pesada carga de su inteligencia y sus recuerdos, y se detenía para con-

calle de Saint Honoré, tomó el camino de las Tullerías, y atravesó el jardín con pasos vacilantes.

Avanzaba como si estuviese en un desierto, tropezando con unos y con otros, porque de nadie se apercebía; y sin escuchar á través de los clamores populares más que una voz, la de la muerte.

Perdido en su meditación soporífera, semejante á la de los criminales cuando en la carreta son conducidos á la plaza de Gréve, tan enrojecida con la sangre vertida desde 1793.

En el suicidio hay algo de grande y de espantoso. En la vida, las caídas de una multitud no son peligrosas, como tampoco la de los niños, porque caen desde muy poca altura y no se hacen daño; pero cuando cas un hombre debe descender de una gran elevación, haberse remontado hasta los cielos, y haber entrevisto algún paraíso inaccesible.

Implacables deben ser las tormentas que nos abligan á buscar la paz de alma en el cañón de una pistola.

Muchos talentos se pierden bajo el techo de una bohardilla, pereciendo allí por falta de un amigo, de una mujer consoladora, y en el seno de un millón de seres, en presencia de una multitud que nada en oro y se aburre.

Todas las miradas se fijaron entonces en el italiano, que con mano temblorosa contaba los billetes diciendo luego:

—He oído una voz que me gritaba: el juego no puede favorecer la desesperación de ese joven.

—Si fuese jugador,—repuso el banquero,—hubiera hecho con su dinero tres jugadas.